

EL POETA NACIONAL GRIEGO KOSTIS PALAMÁS Y UNAMUNO

Al que visita la biblioteca de Unamuno en Salamanca, una de las primeras cosas que sin duda le llamarán la atención es, no ya la cantidad sino la variedad de libros extranjeros leídos en el original y en cuyas páginas abundan anotaciones y comentarios muy de su lector. Allí se encuentra de todo: filosofía escandinava, humorismo yanqui, erudición alemana, poesía negra, hasta cantares épicos serbio-croatas. El panorama literario e intelectual que se despliega ante los ojos del visitante es ilimitado.

Con igual impresión me quedé yo cuando, en la primavera de 1955 y a instancias del profesor Manuel García Blanco, hice la visita por primera vez a ese *sancta sanctorum* salmantino. Al estar ahí saboreando y ojeando, hojeándola, esa magnífica colección, de pronto me presentó mi compañero y guía de aquel día un libro en griego moderno del poeta nacional helénico, Kostís Palamás, libro que, a juzgar por sus muchas anotaciones, Unamuno había leído y estudiado concienzuda y entusiásticamente. Encontrarme con este libro y ponerme a buscar más ejemplares de libros griegos en la biblioteca fue cosa de un instante. Y, con la amabilísima ayuda de García Blanco y de doña Felisa de Unamuno, encontré: cuatro libros más de Palamás, dos del poeta y ensayista Kostas Ouranis, un tomo de cuentos de Elías Benetis, y varios números del periódico ateniense *To eleutheron bima* (*La tribuna libre*), todos leídos con alto interés por don Miguel. También encontré algunos libros de poetas y cuentistas menores, que Unamuno, o por falta de tiempo o por indiferencia —ignoro la causa— no llegó a leer.

De momento, he decidido ocuparme únicamente de la grandiosa figura de Palamás, y por dos razones: primero, porque de todos los poetas griegos leídos por Unamuno, Palamás es el que hoy goza de mayor fama y valor literarios —dos veces fue propuesto para el Premio Nobel de Literatura—; y segundo, porque de él creo vislumbrar cierta influencia en la propia poética unamuniana. Queden los demás, poetas y cuentistas, para otra ocasión.

El libro de Palamás que Unamuno leyó y estudió con más atención y detenimiento fue, sin duda, *El dodecálogo del gitano*¹. Este tomo de ver-

¹ El ejemplar que leía Unamuno es de la primera edición: Editorial "Hestia", Atenas, 1907.

sos, dividido —ya lo anuncia el título— en doce “logos”, es decir palabras, o sea canciones, le llega durante los últimos días de su triste destierro en Hendaya y lleva esta dedicatoria, en griego:

Al señor don Miguel de Unamuno, al gran hombre y escritor, con sincera admiración y ferviente agradecimiento, con quien simpatiza y a quien da su humilde nombre

el poeta

23-XI-1929

Los versos del griego debieron gustarle desde el principio, ya que, al volver a España poco tiempo después, había leído —asimilado sería más exacto— el libro. En una carta a su amigo Bogdan Raditsa, historiador croata que por aquellos años residía en Atenas, encontramos estas palabras:

Cuando salí de Hendaya llevaba ya leídos los poemas todos de Kostís Palamás que me habían mandado y que están llenos de notas marginales, pues me proponía hacer, a mi modo, un estudio sobre ese extraordinario poeta. y especialmente sobre su poética concepción de los gitanos y del Ascreo (Hesfodo)².

Que los libros están “llenos de notas marginales” somos testigos nosotros; ahora, que haya hecho don Miguel ese estudio a que se refiere, no hemos encontrado ni indicación de que se publicara. Sin embargo, el no publicar un ensayo como el aludido ni añade ni quita a la alta estima en que tenía al ateniense porque, si uno se pone a cotejar con todo cuidado su propia producción poética de aquellos años, 1929 y 1930, con la de Palamás, verá que don Miguel le ha dedicado el mayor “estudio” posible: lo ha “estudiado” y “comentado” líricamente. ¿Cabe estudio o elogio más elocuente?

Cuatro son los poemas unamunianos para cuya explicación hay que recurrir a *El dodecálogo del gitano*. El primero de ellos es el número 1.372 en su *Cancionero, diario poético*:

Vivid, hijos de la historia;
triste es la hijuela en desgaste;
viviendo haced que os baste
no más con un pan de gloria.
Cantad, soldados del verso,
aunque es el sueldo bien pobre;
cantando haced que os sobre
no más con el universo.

6-XII-1929

² Fechada el 16-IV-1930, esta carta se puede leer en “Cartas a Bogdan Raditsa”, *Cuadernos del congreso por la libertad de la cultura*, París, XXXIV (enero-febrero, 1959), pág. 55.

Teniendo en cuenta el tema central del poema —el del poeta, un pobre soldado del verso, que canta el hombre universal— léase el trozo del prólogo del *Dodecálogo* que sigue, y que Unamuno mismo señala en el ejemplar que leía con las palabras “soldado del verso”, subrayadas. Dice Palamás:

Y después veía qué clase de poeta soy —claro, un poeta de entre muchos, un humilde soldado del verso— pero, de todos modos, un poeta que quiere encerrar dentro de su verso las penas y las dudas del hombre universal y las ansiedades y las fantasías del ciudadano. (Pág. 12).

El paralelo entre el poema de Unamuno y las palabras aquí transcritas de Palamás es clarísimo: el tema es el mismo; algunas de las expresiones —“soldados del verso”, por ejemplo— se reproducen íntegras; y la fecha en que se escribió el poema coincide con la de estar leyendo don Miguel el libro. No nos cabe duda de que el poema de Unamuno procede del prólogo del *Dodecálogo*.

Más adelante en este mismo prólogo, al hablar el poeta de lo sucio de la ciudad y del ansia gitana de vivir al aire libre, en plena naturaleza, haciendo del camino ciudad, encontramos (página 14) este comentario marginal de Unamuno: “humos y brumas y espumas”. Y esta idea, articulada marginal y fragmentariamente en el *Dodecálogo*, le da ocasión a don Miguel para otro poema, éste el número 1.412 del *Cancionero*:

Humo, espuma y bruma, puerto
del carbón que nos rezuma
civilización; lo cierto
queda espuma, humo y bruma³.

2-I-1930

El que haya leído el *Cancionero* sabrá que, muchas veces, los poemas incluidos en él, aunque encierran pensamientos bien explícitos y perfectamente serios, se revisten de una forma que bien puede ser, o un mero bosquejo lírico, o un aparente ejercicio etimológico, filológico o semántico —“filologiquerías” diría su autor— o, sencillamente, un puro juego verbal. Este poema nos ofrece buen ejemplo de ello. Seguramente, la génesis de este poemita se debe tanto a la aliteración y musiquilla interior del terno humo-bruma-espuma como a las palabras del poeta griego que lo ocasionaron.

Otro poema del *Cancionero* que se basa en el *Dodecálogo* —los cuatro

³ Claro que Palamás habla de ciudad y Unamuno de civilización, pero recuérdese que para éste todo viene a ser uno. Véase, por ejemplo, su artículo “La civilización es civismo”, *Mi religión y otros ensayos*, en *Obras completas*, III (Madrid, 1950), págs. 875-881.

versos que lo encabezan los encontré escritos, sin variantes, en la última página del ejemplar que leía— es el número 1.386.

Se asentó la caravana
aburrida del camino;
se ha olvidado del mañana,
tienen pan y tienen vino.

En un rincón del desierto
enterraron al profeta;
con su profecía muerto
ya está al fin su boca quieta.

Como sepultura el carro
desde el que dio su verdad;
luego han alzado con barro
para su asiento ciudad.

Ya a las estrellas no miran,
que en tuestos husmean flores;
ya las noches no respiran,
se duermen en sus amores.

Ya es ciudad la caravana,
adiós sueños del profeta,
el del eterno mañana;
ya tierra a su boca aquíeta.

Comulgar en agua y tierra,
qué doloroso camino;
día a día y guerra a guerra
cobrar el mañana al sino.

17-XII-1929

Desde luego, esta poesía se basa, más que en un pasaje dado —y eso que en uno de los “logos”, intitulado “El profeta”, se narra la muerte de éste—, en su impresión total del libro. En ella entran los temas de la vida agitanada tal como nos los presenta Palamás: la vida es el camino; el profeta de la tribu encarna la historia y la verdad de su raza; la lucha entre civilización, que es bárbara, y barbarie, que es civilizada⁴; vivir es “agonizar”, eso es, luchar; etc. Para que se vea esto con más claridad, reproduzco aquí algunos de los pasajes que Unamuno tiene señalados. Por

⁴ Como se ve, no faltan paralelos entre ambos poetas. ¡Cuánto le habría gustado a don Miguel esta aparente paradoja de civilización-barbarie!

ejemplo, al hablar Palamás de la aversión que siente el gitano por la ciudad, escribe:

Somos nosotros los inmortales sin patria,
y las ciudades, cubiles de los sucios,
y las ciudades, trincheras de los medrosos...

(pág. 99)

El camino como ley de vida es presentado así:

Y dentro de nosotros vive la ley, de ojos de águila,
la ley nuestra, noche y día y siempre, es el camino...

(pág. 100)

Así el profeta:

Soy yo el profeta, soy yo,
y vine para declarar
Rey Dios a la Nada,
por los siglos que quedan por delante
y por los que quedaron atrás...
Sin odios, sin amores,
como técnico vine aquí...
de tus sueños falsos, hombre,
el templo yo a crear...
Una estatua fiera es la Nada
con las religiones todas de la Creación,
fiera para que te espantes
y también para que te rías, junto a ella... (pág. 62)

Lo insoportable de la vida "civilizada":

Y el hombre hundido en los estupores
de la íntegra nueva vida,
siempre será la gobernadora
la cantante poesía... (pág. 53)

La agonía del cristianismo:

La ley que guía, rey,
encenderá la alegría:
"Basta ser con salud
y fuerza ¡vences!" (pág. 53)
Y gritabas: "¡Fuego para quemar el Paraíso!"
Y gritabas: "¡Agua para apagar el Infierno!" (pág. 58)

Muchos son los versos que podrían sacarse a colación para que se viera

aún mejor la fascinación que en Unamuno debió ejercer este libro, y también, de paso, para que se pudiera juzgar, en su verdadera perspectiva, el genio poético de Kostís Palamás. Pero, como esto sería desviarnos del camino escogido, volvamos a nuestro tema.

El cuarto, y último, poema que le inspira la lectura de este libro genial es el número 1.417 del *Cancionero*. En la carta a Bogdan Raditsa a que ya hemos aludido, da Unamuno este recado a su amigo croata:

Repítale a Palamás que no lo olvido y que por él he aprendido a conocer y querer más a esa su Grecia romaica y agitanada. Y, a propósito, ahí va un poemita mío sobre nuestros gitanos y su *cante jondo* (canto hondo)⁵.

Y a continuación reproduce las tres redondillas que lo forman, sin variaciones del texto del *Cancionero*:

Con el cante jondo, gitano,
tienes que arrasar la Alhambra;
no le hacen falta a la Zambra
palacios hechos de mano.
Que baste una fresca cueva
a la vera del camino;
tienes el cante por sino
que a tus penitas abreve.
Tienes el sol por hogar,
tienes el cielo por techo,
tienes la tierra por lecho,
por linde tienes la mar.

3-I-1930

Guiado por Palamás, Unamuno ha pasado del gitano griego al español. "No fue ajena a la inspiración de este poemita —dice al final de su carta a Raditsa— la lectura del magnífico *Dodecálogo del gitano*". Es curioso notar que, de la cuantiosa producción poética unamuniana, los únicos poemas que tratan directamente del gitano español son dos: éste y el anterior. Y la fuente en ambos casos no es española; es griega.

Estos cuatro poemas, pues, componen ese "estudio" de que hablábamos al iniciar nuestra exposición. Pero no acaba aquí el hondo interés que sentía Unamuno por el libro. A través de su ejemplar se encuentran gritos entusiásticos —sí, así como suena, gritos; ni Unamuno ni Palamás se leen; se oyen y se sienten—; puntos de exclamación; observaciones semánticas, algunas agudísimas, sobre el griego romaico; y, también, alguna que otra palabra, generalmente de importación turca, que interpretaba

⁵ "Cartas a Bogdan Raditsa", lugar cit., pág. 56.

mal o que no lograba entender del todo. Tampoco faltan traducciones, casi todas incompletas y de dos o tres palabras, pero que indican, sin embargo, que tal vez pensara don Miguel en traducir la obra al español. Y con una de estas traducciones, admirable en cuanto a su fidelidad a la palabra, pensamiento y sentimiento del original, terminamos nuestra exposición del *Dodecálogo*. Hela aquí:

Y como si hubiesen perdido el camino,
y con él hubiesen perdido
poco a poco el cuidado,
poco a poco el sentido,
y después cada recuerdo,
y después cada esperanza,
y no tuviesen detrás de ellos
y ni se les abriese delante
Patria alguna. (pág. 28)

La segunda obra de Palamás leída y comentada por Unamuno es el poema "dodécálogo", *El caramillo del rey*⁶. Escrito en decapentasilabos en homenaje a Homero, el poema narra de una manera epicólfica —a Palamás le gustaba combinar lo uno con lo otro— una larga fábula bizantina. Parece que esta obra —una vez más nos estamos basando en la cantidad de anotaciones y comentarios marginales— le cautivó a don Miguel, sirviéndole de base para estudiar más de cerca unos aspectos de la Grecia bizantina. Esto no quiere decir, claro está, que el salmantino considerara esta obra sólo como guía a un entendimiento más amplio de una época histórica dada. Es más: si lo hubiera leído en sólo este contexto, cualquier texto le hubiera servido. Lo que vemos nosotros es que la poesía misma, aunque no del mismo alto plano poético de *El dodecálogo del gitano* —ésta es una obra magistral—, es la que le atrae. La prueba está en que la lectura de ciertos versos del ateniense le sugirieron otros tantos comentarios poéticos, es decir, creaciones líricas.

La primera de estas poesías es bien conocida ya. Es el número 1.395 del *Cancionero*, el que empieza con una cita de Palamás: "Y ordeñan a la luna". Y Unamuno, al leer esto —el verso completo es: "Y bajando, golpean; y ordeñan a la luna (pág. 66)"— inmediatamente lo hace suyo, apropiándose para así dar forma nueva a un viejo tema suyo, el de su propio "doloroso sentir":

Ordeña a la luna, escánciame
leche de lumbre de sueño;
la sangre del pecho enránciame
para aguantar el empeño

⁶ KOSTIS PALAMÁS, *El caramillo del rey y La trilogía heroica*, Editorial "Hestia", Atenas, 1910.

del Destino; van las horas
y van los siglos tras ellas,
y al romper de las auroras
se derriten las estrellas.
Ordeña a la luna, engáñame
con la leche del bautismo,
lumbre de esperanza, y báñame
en el sopor del abismo.

19-XII-1929

Así, de una creación griega a otra suya. Y esto, ya lo hemos dicho repetidas veces, vale por cuantos estudios críticos pudiera haber escrito.

Otros versos de *El caramillo del rey* a que prestó atención especial Unamuno son estos:

Y rechinan, preparados para amontonarse, palacios
suntuosos, y por debajo de ellos bostezan las huesas
aguardando el momento de enterrar a los palacios.

(pág. 109)

Seguramente, la imagen de "huesa en bostezo" como símbolo de lo fatal de la muerte da origen al poema de Unamuno, el 1.399 del *Cancionero*, que sigue:

En un terrón del terruño
junto a la huesa en bostezo
se alzaba un lirio, aderezo,
en lenta espera del puño
de la Muerte; con su baba
un limaco le roía
y en tanto en lenta agonía
el mortal desesperaba.

21-XII-1929

Esto no puede resultar más claro. Sabemos que Unamuno leyó el original con alto interés y vemos que el parentesco entre los dos poemas es más que casual. Ahora, si a esto se añade que el poema unamuniano se escribió en las mismas fechas en que leía a Palamás con más interés y fervor, se tiene que decir que, indudablemente, esta poesía de Unamuno arranca de la del griego.

* * *

Estas dos, pues, son las poesías unamunianas inspiradas en *El caramillo del rey*. Ahora bien, en el mismo tomo en que leyó Unamuno esta

obra, anda impresa también una *Trilogía heroica*: una parte sobre la Tragedia, otra sobre Ibsen y la tercera sobre Garibaldi. Con la excepción de una anotación sobre Ibsen —y ésta por razones bien obvias—, esta trilogía está completamente exenta de comentarios. Sin embargo, al principio de la poesía sobre Garibaldi, encontré estos versos manuscritos de Unamuno:

Canciones sembré en el río
y a la mar se las llevó,
y un cancionero brotó
de entre el oleaje bravío,
flores salvajes al viento,
que las oleadas levanta (hincha las olas bravías)
las con pesares alegrías
y regocijo del* lamento.

*Variante: el.

Se reconocerá que este poema lo incluyó Unamuno en su *Cancionero* —es el número 1.439— con algunas variantes. Helo aquí en su forma definitiva:

Canciones sembré en el río
y a la mar se las llevó,
y un cancionero brotó
de entre el oleaje bravío.
Flores salvajes al viento,
que hincha las olas bravías;
los pesares, ufanías
y regocijo el lamento.

25-I-1930

El poema, como ya hemos dicho, está escrito en el margen de la página en que se reproduce el poema sobre Garibaldi; pero, si uno se pone a comparar ambos poemas —el griego y el español— pronto verá que en nada se asemejan. ¿A qué se debe, pues, que este poema se encuentra en ese sitio? La explicación la encontramos en la única anotación unamuniana en toda la *Trilogía heroica*, la que se refiere a unos versos sobre Ibsen. Los reproduzco íntegros:

Albatros colgado en el aire le vi,
entre la tierra y el abismo parado,
y después inclinarse sobre el precipicio
y con sus uñas escarbar y sacar por las raíces
flores salvajes. (pág. 149)

Estos versos nos llevan a creer que Unamuno, al leer y meditar sobre esta bella imagen de flores salvajes descujadas de la tierra, se impulsó a es-

cribir otro poema haciendo uso de la misma metáfora. El poema es más de Unamuno, pero se inspira en Palamás.

En efecto, tanto le habría gustado esta misma metáfora de fiera flor indomable que en el próximo poema del *Cancionero*, el 1.440, vuelve a hacer uso de ella.

Brotó en mi pecho una flor
y al cierzo se hizo cristal,
y pues dura su frescor
dicen que no es natural.

25-I-1930

Sin duda, no es ajeno a la inspiración de este poemita el anterior —fíjese en, que se escribieron el mismo día, 25-I-1930—, y también el pasaje original de Palamás.

* * *

Tal vez sea *La tumba*⁷ el libro en que Palamás se nos revela más tierno y más íntimo. Sin que tenga, ni pretenda tener, la brillantez y maestría de, por ejemplo, *El dodecálogo del gitano*, estos versos, escritos a la muerte de su hija Alki, le vencen al lector con su sencillez, su ternura y su honda compasión.

También, leyó don Miguel este libro, aunque no dejó en los márgenes ni un comentario, ni indicó en las guardas, según su costumbre, los versos que le interesaron. En su lugar, lo que hizo Unamuno fue escribir la idea de un poema. En la última página, de entre muchas tachaduras, hemos podido sacar en limpio estos versos, tres octoslabos y un endecasílabo:

Cae el agua del olvido
bocanada de Dios sobre la tumba
ábrese el cielo su boca
y se cierra el Sol. su ojo.

Al parecer, tenía don Miguel mucha dificultad en encontrar forma adecuada para la idea lírica. Y, como ocurre tanto en la poesía, al reelaborarla termina escribiendo, no una, sino dos poesías. Ambas son del *Cancionero*:

1.378

Su sol te forjó en la fragua
te escalda su sol, mi lirio;

⁷ KOSTÍS PALAMÁS, *La tumba y La primera palabra del paraíso*, Editorial "Hestia", Atenas, 1911.

que Dios te alije el delirio
con su bocanada de agua
sacándote del martirio.

7-XII-1929

1.379

El Sol da de Dios ojeadas.
el ventarrón manotadas,
el chaparrón bocanadas
el terremoto pisadas.

7-XII-1929

Aún con estas dos versiones bien trabajadas, dudamos nosotros que quedara Unamuno muy satisfecho de su tarea. Los poemitas parecen ser, en vez de poemas, ejercicios poemáticos. Pero esto no es de extrañar; así era, a veces, don Miguel, y así es, en especial, su interesantísimo *Cancionero, diario poético*⁸.

* * *

Esto, pues, es lo que aprendimos de Unamuno y Palamás aquella hermosa primavera salmantina de 1955. Total: diez poesías unamunianas inspiradas en un grandioso maestro helénico moderno, y una excelente traducción que bien puede servir de otra. Buen estudio nos ha dejado don Miguel del genio poético de Kostís Palamás.

PHILIP METZIDAKIS

Department of Spanish.
Mills College
Oakland. 13. California, U. S. A.

⁸ Llegó a leer Unamuno dos libros más de PALAMÁS: *La vida inmóvil*, Editorial "Hestía", Atenas, 1904; y *Yambos y anapestos*, Editorial "Hestía", Atenas, 1897. Sin embargo, no hemos encontrado que Unamuno, al leerlos, se inspirara para escribir más poemas.